

XIII

EL SÍMBOLO

Había revuelto cuánto contenía el armario con una impaciencia nerviosa. Aquello era una confusión sin nombre de cintas, encajes, plumas, pájaros disecados y objetos de metal. Allí almacenaba sin duda todas sus baratijas, todas las chucherías sin valor que había reunido en seis años su capricho de niña mimada. Si queréis conocer á una mujer, buscad ese escondrijo que todas tienen, en donde cada fruslería es un rasgo y cada trapo inútil representa una historia. Allí encontraréis su vida entera, con huellas de amarguras y eco de sonrisas. Ríe aquel trozo de encaje, resto de un espléndido y gracioso tocado. Con él presentóse por primera vez en sociedad. Aun parece impregnado de aromas y en su sedosa trama se cree encontrar enredadas armonías. Lloro esotro pedazo de tela, pañuelo que enjugó tantas lágrimas, todas ino-

centes, bien distintas de las que ahora pudiera recoger. Más allá está una cinta de cotillón, y á su lado, el recordatorio de una amiga atacada al día siguiente de la fiesta por una enfermedad traidora y mortal. A su triunfo siguió su muerte, impidiendo así la desilusión, muerte más temerosa, porque es la del espíritu.

Es Octavia una de esas mujeres que nada nos dicen con su sola presencia. Reservada, impenetrable en sus decisiones, como quien ha sabido siempre dominar la actitud y el gesto, es inútil querer profundizar en sus determinaciones é instintos. Se ha dicho que la mujer es un misterio. Pero ese misterio sólo espera una palabra para quedar alumbrado con la luz meridiana. *¡Hágase la luz!*, dice un hombre, y la luz se esparce y el misterio deja de serlo y la mujer abre su corazón como la rosa abre su cáliz al tibio resplandor de la aurora. Pero ¡cuán pocos hombres saben pronunciar la palabra *Fiat!*

El corazón de Octavia está allí. En aquel armario que sólo una vez pudo contemplar abierto su esposo. *¡Cuánto trajo y cuánta basura!*, dijo, y, sin embargo, allí estaba todo cuanto podía darle á conocer á Octavia. Despreció la enseñanza, enseñanza que nunca ya había de encontrar tan propicia.

En Octavia no había virtudes ni culpas, ni envidias, ni rencores, ni ambiciones, ni locos

deseos. Solamente había un instinto: el de maternidad. Y ese instinto se reflejaba en todos los objetos que en el armario conservaba. Un pedazo de encaje, insuficiente á ornar un traje de sociedad, podría aún servir para embellecer un tocado de niña. La sortija que usó de adolescente, otra dueña esperaba. Aun los objetos que de nada podían servir tenían algo de tierno, de amoroso, de maternal. Las plumas, las sedas, los dijes, las flores disecadas, las estampas de niños gloriosos, los perfumes delicadísimos, todo, más que sensual era tierno, suscitaba la idea de algo infantil. Así el escondrijo venía á ser un oculto santuario en que Octavia reverenciaba á un ídolo que se encuentra en todas las teogonías, que recorre todos los símbolos, desde la caricia maternal de Isis hasta la sonrisa plácida ó dolorosa de la Virgen Madre.

Después de revolver Octavia centenares de blondas, estuches, retales y cajitas de diferentes formas, esas cajitas que tanto valor tienen para las mujeres, precisamente porque no guardan nada, miró á su alrededor con recelo. Estaba sola; la luz brillaba bajo la pantalla de flores y se esparcía con cierta timidez austera sobre los muebles de raso y terciopelo de aquel gabinete tan lindo, tan impropio de una residencia campestre. Por el balcón abierto penetraba en débiles ráfagas un viento saturado de los olores del jardín. Miró de nuevo en torno suyo y, por fin, adelantó su mano,

blanca y rosada, pero de dedos finos y nerviosos, como los de una canonesa, y sacó del armario una caja larga de cartón, cuidadosamente envuelta en papel de seda y atada con una cinta de color azul pálido.

Debía ser el envoltorio el *sancta sanctorum* de aquel templo de la futesa. Abrióse la caja y, reclinada en el fondo, con los ojos cerrados, no como quien muere, sino como quien vive y sueña, apareció recostada en su almohada una linda muñeca. ¿Para qué — me diréis — la conservaba Octavia? Y no faltará quién lo pregunte en son de burla. Pero yo sólo he de contestar repitiendo la misma pregunta: ¿Para qué amamos, luchamos y sufrimos? ¿Para qué forjamos ilusiones y sentimos amores ú odios? ¿Para qué hacemos todo en el mundo? ¿Para qué?

Levantó en sus brazos á la muñeca, envuelta como un recién nacido y ella abrió sus ojos grandes, demasiado grandes, como si el tamaño debiera compensar la falta de luz propia. Era rubia y rosada, muy hermosa, con su boca diminuta encendida y sus mejillas de porcelana coloreadas con arte exquisito. Con un poco de vida hubiérase convertido en una niña adorable. Para admirar con esa admiración que impone lo sublime, sólo la reflexión le faltaba. Pero entonces... no sería mujer.

Su dueña le arregló cuidadosamente la batista

que la envolvía. La recostó en sus brazos y, por fin, la besó. La besó. Sí: he de presentar á mi heroína con todas sus debilidades y extravíos. Además ¿no habéis besado nunca un objeto inanimado? Yo recuerdo haber besado árboles y aun piedras. Todos tenemos amor al símbolo. Quien no besa una cruz ó un ara, ó los pies de una imagen, besa con el pensamienro una abstracción ó un ideal que acaso nunca se realice. Jamás es un hombre tan digno de respeto como cuando besa un retrato en que hay una frente cubierta de canas. Nunca es una mujer tan grande como cuando besa una cuna vacía.

Dos lágrimas, dos lágrimas sinceras, ardientes, asomaron á los ojos de Octavia. La muñeca era el símbolo, pero el símbolo inanimado, la promesa frustrada, el piadoso voto incumplido. De niña, la había acariciado con la inconsciencia de quien, presintiéndolo todo, todo lo ignora; de mujer la acariciaba de nuevo, pero con el dolor de quien, conociéndolo todo, de todo desespera.

Iba á besar su frente otra vez. Pero de pronto se oyeron en el jardín voces extrañas. Guardó precipitadamente el símbolo y cerró el armario.

En aquel momento entró la doncella precipitadamente, pálida, desencajada, gritando con acento de congoja y susto:

— ¡Ay señorita, qué desgracia! ¡Traen herido al señor!

■■■■■■■■■■

XIV

CONJETURAS

Hubo que retirar sin sentido á Octavia. Acaso no amaba á su marido, pero sí le profesaba gratitud y afecto. Además el espectáculo inesperado de Enrique herido, de Enrique que le había dado su fortuna y su nombre, de su esposo cubierto de sangre, agonizante quizá, la había causado una impresión tan honda, que no tuvo fuerzas para resistirla.

Enrique fué depositado en su lecho, quedando al cuidado del barbero que procuraba contener la hemorragia, tarea no difícil por ser la herida, aunque profunda, de poca abertura. En la habitación inmediata quedaron el Alcalde, Juanillo el herrero y Diego el albéitar.

— Veinte años hace — dijo el Alcalde — que no se registra una desgracia en el pueblo, y, mira

por dónde la bruja esa de Nila ha venido á des-acreditarnos.

— Pero ¿cree usted de veras, señor Alcalde, que la autora del crimen ha sido Nila?

Quedó el Alcalde asombrado ante tan inopinada pregunta, y con verdadero enfado dijo á Juanillo:

— ¡Otra! Pues ¿no has visto cuando trajimos al señorito Enrique y se presentó la pareja de la guardia civil con Nila como fué y la señaló á la loca y dijo claramente que ella le había matado?

— ¿Y no pudo también equivocarse el señorito Enrique? Él tenía la cabeza perdida cuando lo dijo, y la prueba es que, casi enseguida, cayó desmayado y tuvimos que traerle aquí á escape.

— Y entonces — saltó Diego — ¿por qué echó Nila á correr como un gamo hacia el monte que no hubo quien la pudiera alcanzar? Quien mucho corre, mucho teme y no huye la zorra por rabona, sino por maleante y ladrona.

— En primer término — contestó el herrero — corría porque cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. Inocente ó no, la hubiera usted metido en la cueva del Ayuntamiento y mañana la hubiera usted enviado atada por la carretera hasta Hontanera.

— ¡Y tres más nueve! — gruñó la primera autoridad de Torreparda.

— Y luego — siguió Juanillo — que se ave-

rigua, que no se averigua, se hubiera cargado unos cuantos meses de cárcel. Además, la Nila está loca, y á una loca no se la puede pedir que haga las cosas como las demás gentes. Vió que la amenazaban ustedes y echó á correr.

— El monte es muy espeso — terció el herrador. — Pero, como no se mantenga de hierbas, no tardará en caer en manos de la justicia.

— El caso es — dijo el padre de Benita — que ha sido una suerte que saliéramos Nicanor y yo esta noche al monte.

— A robar conejos — saltó el Alcalde.

— A lo que fuere — dijo Juanillo. — Y no creo que se me ha cogido á mí nunca en renuncia, señor Damián.

— Bueno, sigue.

— Ello fué que vimos un caballo suelto y nos sospechamos alguna desgracia, cuando de repente, y casi á nuestro lado, oímos un grito que nos dejó helada la sangre. Era el grito de uno á quien matan. Corrimos, y en cuanto vi al señorito en tierra, lo primero que hice fué sujetarle la herida y luego taponársela con yerbas que trajo Nicanor. En esto llegaron ustedes que tampoco irían, creo yo, á robar conejos.

— Ibamos — interrumpió el señor Damián — á lo que íbamos.

— A lo mismito que nosotros, á tomar un poco el fresco de la noche y de paso á traer un poco de

leña, porque recoger leña del suelo nos está permitido por el dueño del monte. Poco después, como iba diciendo, vino la pareja con Nila y entonces abrió los ojos don Enrique y le dijo con voz entrecortada: *¡Tú has sido!*

— ¿Lo ves? — interrumpió el albéitar.

— Yo no veo sino que estaba alucinado. ¿Hemos encontrado algún arma á Nila?

— ¿Cómo la íbamos á encontrar, si en cuanto la llamó bribona el señor Alcalde salió corriendo?

— ¿Y tenía manchas de sangre?

— Eso sí que no, que yo he visto bien que no las tenía.

— ¿Y tú qué opinas de todo esto, Juanillo? — interrogó el señor Damián bajando la voz.

— Yo no pienso nada, señor Damián. Lo probable es que hayan querido robar á don Enrique y que los ladrones huyeran al sentir que venía gente en su auxilio.

— Pues yo creo — alegó el señor Damián con misterio, — yo creo que aquí hay gato encerrado, y que don Enrique y Nila no es esta la primera vez que se ven. Vosotros no os habéis fijado en detalles, pero yo he oído muy bien á Nila, cuando la trajeron y vió al herido, decir muy bajito y como quien no tiene á una persona buena voluntad: *¡Enrique!*

— Ven, Diego — dijo el barbero saliendo de la alcoba. — Necesito que me ayudes á volver al enfermo.

— ¿Cómo está?

— Mal. Ha recobrado el conocimiento y habla aunque con trabajo. Pero tiene mucha calentura. Me parece que antes de que venga el médico de Hontanera, se las lía.

— ¿En dónde está la herida?

— En la espalda; pero yo, la verdad, no sé si le habrá llegado al pulmón ó á dónde, porque él no tiene mucha fatiga. Lo que tiene es un calenturón que se va.

— Vamos á ver eso — dijo el veterinario con la misma gravedad con que pudiera decirlo un profesor de la Sorbona. Más vale párpado de experto que pupila de tuerto.

Quedaron solos el Alcalde y Juanillo. El señor Damián inclinóse entonces hasta el oído del herrero.

— Me parece, Juan, que aquí hay un lío muy grande.

— ¿Por qué?

— ¿Te parece bien que la mujer deje solo al enfermo en poder de ese par de brutos?

— Si en el pueblo no hay otra persona facultativa... Al amanecer estará de vuelta Nicanor con el médico de Hontanera.

— Pero doña Octavia ¿cómo no viene? Un desmayo es un desmayo, y me parece que ya se le podía haber pasado.

— Señor Damián — contestó el herrador: —

yo nada entiendo de eso. Cada uno sabe lo que se hace y Dios lo que todos hacemos.

En aquel momento entró la criada de Octavia, y con las mejores maneras del mundo dijo á los dos interlocutores:

— Señores: hagan el favor de retirarse, que está aquí el señor cura.

|||||||

XV

CONFITEOR

No arrebuñado en pulcros y limpios manteos, sino envuelto en tosco sayal de penitente, pasó el sacerdote. Su cara estaba lívida; llevaba los ojos medio entornados y, por el movimiento de sus labios, podía colegirse que articulaba una plegaria. En su cuello, un tiempo robusto, en sus muñecas, en su faz misma, se veían las huellas de una penitencia cruel. Pasó sin mirar á su alrededor, levantó la cortina, que velaba el ingreso al dormitorio, y entró deteniéndose al punto como si algo muy poderoso se resistiera en él á prestar sus auxilios al moribundo.

Este descansaba sobre un costado y sobre su frente cubierta de sudor se esparcía la vaga claridad de una lamparilla que ardía dentro de un recipiente de cristal verde. La luz oscilaba y en la

pared se agitaban las sombras; sombras también verdosas, fantásticas, dantescas, propias á evocar culpas y despertar remordimientos.

Con voz llorosa, gemebunda, el enfermo, poco antes tan fuerte y vigoroso, pronunció, como un llamamiento, una sola palabra:

— ¡Padre...!

Estremecióse el cura y no contestó.

— Padre — siguió el herido con voz débil y fatigosa, — le he llamado porque conozco que me muero y no quiero entrar en la eternidad sin descargar mi espíritu del peso de una gran culpa.

— No morirá usted, hermano mío — contestó el sacerdote. — O, por lo menos, no morirá usted hoy. Porque Dios no querrá que muera impenitente y yo no puedo oírle en confesión.

— ¿Por qué, padre? — interrogó Enrique con profunda extrañeza.

— Porque yo también soy culpado y, aunque en el tribunal de la penitencia he sido absuelto, en el de mi conciencia no lo estoy todavía. Espere pues, hermano, á que mañana llegue otro sacerdote y puedan bendecirle manos más puras.

— ¡No! — exclamó el enfermo con angustia. — ¡Puedo morir esta misma noche, y si me condeno, mi alma se perderá por culpa de usted!

— ¡Imposible! — dijo turbado César. — ¡A usted absolverle yo! Mi bendición no tendría eficacia; mi absolución sería estéril!

Sollozó el moribundo. Después con un esfuerzo desesperado,

— ¡En el nombre de Dios — dijo — beato ó criminal, óigame usted. Sino, así Él le castigue como su crueldad lo merece.

Vaciló César. Por fin santiguóse, se sentó en un sillón de cuero cercano á la cama y exclamó con acento dolorido:

— Puede usted empezar y que quien sabe perdonar, nos perdone.

— Padre — comenzó el enfermo después de una pausa, durante la cual las sombras parecieron hacerse más densas. — Soy muy culpable; tanto, que, siendo verdaderamente católico, no me he atrevido á acercarme al tribunal de la penitencia desde hace catorce años.

— ¡Infeliz! — murmuró el eclesiástico.

— Catorce años durante los cuales no he delinquido, pues ha sido ejemplar mi conducta. Algo de dureza en mi corazón, algo de soberbia en mi carácter. He aquí todo. Pero he cometido un gran crimen; un gran crimen, padre mío; tan grande, que no sé si Dios me lo perdonará.

— Él es el camino, la verdad y la vida — pronunció César — y su misericordia es infinita.

Suspiró el enfermo, lanzó un gemido de dolor ó de remordimiento y, después de una larga pausa, comenzó su relato de este modo:

— Soy hijo de una poderosa familia, y durante

mi juventud jamás fui asaltado por ideas criminales. En unión de mi hermano Clemente permanecí durante más de seis años en un colegio de Gloucester. Allí recibimos un día la nueva de la muerte de mi madre. Partimos al punto para Madrid y encontramos á nuestro padre abatidísimo; un año vivió en este abatimiento, al cabo del cual murió también el mismo día en que yo entraba en la mayor edad.

Solos mi hermano y yo, vivimos en buena armonía poco tiempo. Clemente, que padecía del pecho, fué á pasar una larga temporada en una hermosa finca que había heredado de nuestra madre. Un día me avisaron que estaba gravísimo y, al llegar yo á la finca, apenas si tuve tiempo para recoger su último suspiro.

Entonces pasó por mí una sensación extraña. Pensé que yo era, por ministerio de la ley, heredero de su fortuna, que todo cuanto él había adquirido al morir nuestros padres, sería sólo mío y me invadió un regocijo satánico. Durante varios días busqué sosiego en las soledades del monte, queriendo sofocar aquella miserable codicia. Por fin me apaciguó la idea de que yo nada había hecho para ser dueño de aquella herencia y que así nada tenía que reprocharme.

Pero un día, registrando los papeles que había dejado Clemente, encontré un documento cuya lectura me produjo una conmoción terrible. Era

su testamento, en el cual reconocía á un hijo natural habido con una campesina llamada Petronila Sanjurjo, á cuyo hijo nombraba de todos sus bienes heredero universal.

— ¿Petronila Sanjurjo? — interrumpió César. — ¿Será acaso...?

— ¡Sí, esa — dijo fatigado el enfermo; — esa infame, la que me ha herido. La que se ha vengado por fin de mi horrendo delito!

César hizo descansar al enfermo. Acercó á sus labios una cucharada de poción calmante y pretendió que Enrique callase durante largo rato. Pero el enfermo estaba impaciente, y á los pocos minutos siguió su confesión con estas palabras:

Aquel niño venía á destruir todos mis planes. Supe que Petronila residía á más de dos leguas de la quinta y que ignoraba la muerte de mi hermano, y ya no tuve sino una idea fija: la de deshacerme de aquella criatura por todos los medios.

— ¡Desgraciado! — murmuró César.

— ¡Sí, desgraciado — gimió el enfermo — porque realicé mi infame propósito; desgraciado, porque desde aquel día no he dormido jamás una sola noche sin pensar en mi crimen; desgraciado, porque muero sin poder aclarar una sospecha que me atormenta y que, de confirmarse, sería para mí cien veces peor que la misma muerte!

Un día me decidí á montar á caballo — siguió. — Y me dirigí á la cercana aldea. Pregunté si resi-

día allí una joven llamada Petronila. En seguida se me encaminó hacia una casita de adobes edificada en las afueras del pueblo. Cuando me acerqué á ella, con paso seguro y firme, como si no me guiaran siniestros propósitos, vi sentado en la puerta á un viejo labrador con una pipa negra en los dientes.

— ¿Vive aquí Petronila Sanjurjo? — pregunté.

— ¿Para qué quiere usted saberlo? — me contestó el viejo sin tomarse la molestia de ponerse en pie.

Había fruncido, al verme, el ceño; su aspecto era amenazador é iracundo.

— Soy hermano de Clemente — afirmé sin vacilación.

Levantóse en seguida el padre de Nila, pues él era, y cogiéndome de la mano bruscamente, me hizo entrar en el miserable casucho.

Me encontré en una habitación reducida, sin blanquear. Una cortina de tela encarnada cubría la puerta de un cuarto sin duda más reducido y estrecho. El viejo me señaló una silla de madera tosca y él sentóse en otra con ademán impaciente.

Sentí cierto embarazo. Por último me decidí á llevar adelante mi proyecto.

— Soy, como he dicho — comencé, — hermano de Clemente.

— ¿Cómo no ha venido él?

— Está enfermo.

— ¡Enfermo! — gruñó el viejo. — Entonces debe datar su enfermedad de hace cuatro meses, que son los que ha pasado sin parecer por aquí. Otra cosa hacía cuando sedujo á Petronila; entonces venía todos los días y aun algunos dos veces, imitando el canto del autillo, señal que convino con ella para aprovechar mis ausencias. Hace lo que todos los señoritos cuando tropiezan con una desgraciada como mi hija. Primero mucho amor, muchas promesas; luego el alejamiento y, por último, el abandono.

— No — le interrumpí. — Se equivoca usted de medio á medio. Clemente no sólo no piensa en abandonar á su hija de usted, sino que tiene el firme propósito de casarse con ella.

— ¿Y le envía á usted para proponerme ese enlace? — dijo con amarga sonrisa el anciano.

— Sí, señor — contesté categóricamente, hablando en tal suposición el pretexto que yo buscaba.

Realmente me había cegado la maldad y no sabía á ciencia cierta lo que iba á hacer. No quería sino ver al niño que me arruinaba y, si podía, un día ú otro, matarle.

— Pues bien — contestó fríamente el labriego; — dígame usted que mi hija no acepta.

— ¿Que no acepta?

— No, señor — gritó el viejo alzándose indignado. — No quiere casarse con él, porque no quiere ser todavía más desgraciada de lo que él la

ha hecho. Ha venido engañando, mintiendo, ocultando su posición; ha empleado todo género de malas artes para engañar á Petronila cuando yo no estaba. Y ahora, suponiendo que venga con fines honrados, podrá darla su nombre, pero no su amor, porque no la quiere. Será, más que su mujer, su criada, á la que tratará con desprecio y asco. Eso no puede convenirla; Petronila y el chico no necesitan nombre alguno, ¡porque tienen el mío!

Quedé sin saber qué decir.

— ¡Sí, el mío! — siguió — que es más honrado que el de ustedes una y cien veces!

Se oyó entonces un tierno llanto.

Volvióse el viejo, levantó la cortina y pude ver una cunita de madera en que reposaba un niño sonrosado y hermoso.

Al verle, sentí renacer mi odio, mi ambición, mi maldad.

El viejo tornó á salir.

— Ya sabe usted mi contestación — dijo el viejo con ademán imperioso. Y luego señalando la puerta, añadió con concisa energía: — ¡Váyase usted!

Salí y me encaminé á las afueras de la aldea. Mi propósito estaba madurado. El niño moriría.

Varias veces volví al pueblo con objeto de hablar con Nila á solas. El viejo estaba á la puerta siempre. Por fin una tarde la encontré sola. Más amante ó menos astuta que su padre, cayó en el

lazo. La hice creer que mi hermano iría á verla una noche, y le pedí que estuviera atenta á la convenida señal. La infeliz aceptó. No veía en aquello sino la realización de sus esperanzas, la satisfacción de su amor y, de seguro, la fortuna y el porvenir de su hijo.

Hubo que esperar á que el viejo tuviera necesidad de ausentarse por dos ó tres días para llevar á cabo nuestro plan. Llegó por fin el día. Ya era tiempo: la sed de terminar de una vez aquella agonía me sofocaba.

Cuando llegó la hora, hice yo la señal, escondido entre los ramajes y Nila salió dejando la puerta entreabierta. Me ayudaba el infierno. Dí la vuelta á la casa, ocultándome á favor de las sombras, y cuando Petronila se alejaba en busca de su amante, entré en la casa y me apoderé del niño.

— ¡Qué horror! — dijo César.

— ¡Horror indecible, padre mío! — balbució el penitente, cuya frente inundaba el sudor. — ¡Pero no comparable aún al que ahora experimento, al verme en el umbral de la muerte y con el temor espantoso de no poder lavar mi conciencia!

■■■■■■■■■■